



La toma de La Habana por los ingleses fue una amarga experiencia que tuvieron muy en cuenta los españoles al retomar la capital de la isla once meses después.

De inmediato, el 4 de noviembre de 1763, comenzaron las labores de construcción de esta fortaleza, concluidas con todos sus detalles en 1774, para cubrir la magna extensión del Cerro de La Cabaña, donde se hicieron fuertes los británicos en su asalto a la capital de la isla.

En virtud de la importancia de aquella fábrica, Agustín Sotolongo cedió los terrenos gratuitamente y poco a poco fue tomando forma el castillo. Su cercanía al Morro, la altura de su emplazamiento, y su largo de poco más de 700 metros por el canal de entrada de la bahía, lo convertirían en una seria dificultad para quien intentase atacar la ciudad. Cuenta la tradición que al saber sobre su elevado costo de 14 millones de duros, Carlos III pidió un anteojo porque una "obra que tanto había costado, debía verse desde Madrid".

Siendo o no más o menos cierta esta simpática aseveración, quien visite la fortaleza de San Carlos de La Cabaña con seguridad no dudará del empeño que puso España en la defensa de La Habana. Por este mismo tiempo el Rey mandó levantar, también, el Castillo de Atarés y El Príncipe.



La fortaleza afrancesada

Con sus 10 hectáreas, La Cabaña es un vasto polígono concebido, a diferencia de El Morro, dentro de los principios de la Escuela Militar Francesa. Sus principales componentes son los baluartes, los revellines, el profundo foso, el paredón perimetral, el camino cubierto y las instalaciones destinadas a cuarteles y almacenes. Los planos se le encargaron al ingeniero francés M. de Valliere y los diseños a M. Ricaud de Tirogole, mientras la ejecución fue comandada por el maestro Silvestre Abarca con la colaboración de Pedro Medina.



en Cuba y que una vez descubiertos desentendieron la Crisis de Octubre de 1962 entre la URSS y Estados Unidos.

El patio de los Jagüeyes

Desvíese unos minutos hasta este bonito lugar. Es ideal para tomarse un descanso momentáneo, y proseguir el paseo a través de las diferentes salas del Museo Monográfico de la Fortaleza, dotada desde los inicios —como se recuerda— de la mejor artillería y de una tropa de 1,300 hombres. En 1859, esta plaza llegó a tener 120 cañones.

Con documentos, planos, fotografías y objetos vinculados a su historia, cubre los principales momentos de su larga existencia hasta la restauración que la abrió al público en 1986. Resulta destacada la mención de su condición de prisión durante la era colonial y republicana, cuando en sus calabozos y fosos cayeron no pocos patriotas, víctimas del paredón, del garrote vil y de las torturas.

Capilla de San Carlos

Antes de volver a La Habana, haga una última parada para visitar la vecina Capilla de San Carlos, con su bonita entrada barroca rematada por una espadaña que hace la función de campanario donde los militares adoraban a San Carlos, el patrón de la fortaleza, y también a Santa Bárbara y a la Virgen del Pilar, de magna significación para los hombres vinculados al mar.

Si camina hacia el otro extremo de este edificio verá enfrente, escoltado por dos estatuas idénticas de soldados espartoques, el acceso a la Comandancia del Che Guevara. Junto con Camilo Cienfuegos, que conquistó por su parte la fortaleza militar de Columbia, el mítico guerrillero latinoamericano integró la avanzada del Ejército Rebelde que se trasladó a La Habana para tomar los dos principales guarniciones batistianas y preparar la entrada triunfante de Fidel Castro a la capital del país, el 8 de enero de 1959. Cinco días antes, el Che entró y tomó La Cabaña, poniéndola bajo su mando.

Aunque tiene acceso independiente en la actualidad, anímese finalmente a bajar hasta la Divina Pastora, un excelente restaurante que aprovecha la instalación anexa a la antigua bañante de igual nombre que tuvo la fortaleza en esta terraza asomada al canal de la bahía habanera, con una vista que vale la pena disfrutar.

La calle de la Marina

Hay, para volver del lado del mar un paso descubierta que se conoce como Surtida del Foso y que lleva entre los viejos edificios que ocupaban los cuarteles, a través de algunos establecimientos comerciales y gastronómicos, con una buena tienda de puros habanos. Esta es la zona que los guías identifican como la Calle de la Marina, pavimentada con *chinas pelonas* (cantos rodados). De especial interés es el Museo de Armas y Fortificaciones, que además de rendir homenaje a Bautista Antonelli, autor de varias de las más notables fortalezas de Cuba, repasa a través de varias salas los tradicionales armamentos que hicieron famosos a los guerreros de distintos países del planeta. Pueden verse catapultas, lanzas, hondas, katanas japonesas, sables árabes, un katar hindú y una buena colección con variedad de complementos bélicos de la Edad Media.